

de esa joya, el elor de esa rosa gobernarán quizás desde hoy nuestra existencia que correrá en un canal nuevo, cuando una terrible catástrofe no la hubiera aprisionado. Grandes molinos giran sin cesar. Una rueda nos pulveriza á fin de crear el porvenir y para mezolarnos á él nos destruye. Cuando las pasiones se reúnen en haz, son tremendas. En el aparente caos del mundo hay una vasta armonía, leyes subterráneas y mudas. La vida dibujada como un paisaje, circula con lentitud, y sus osados rodeos han sido preparados largamente. Nos abrimos la vía á través de los presagios que nuestros ojos ignorantes no saben leer.

Sobre el agua lisa pasó una barca, cargada de flores indistintas cuyos vivos colores matizaban el aire tibio. Llegaba, portadora de perfumes, al encuentro del viajero, como las reinas antiguas ante los héroes. Pero la traza de su espíritu hizo de aquella barca una sepultura flotante:

—Serás tú, cuerpo de la blonda Eva, que he visto tan flexible y tan hermoso y hoy veo aniquilado por la muerte? Hé ahí tu tumba; una barquilla llena de flores. Sus almas, es decir, sus perfumes, están pintadas al rededor de ellas, mientras que las nuestras yacen en el fondo de nosotros, sin matices, más semejantes á cadáveres que á vivientes. ¡Que lo más bello sea solo apariencia! Qué ningún tesoro se hunda! Oculta por esas delicadas compañeras que embalsamarán tu trayecto, deslízate ahora hasta los infiernos, holandesa infortunada de corazón de oro.

Aunque el silencio reinara, deslumbrader por decirlo así, el poeta oyó una de esas melodías fúnebres que en los cálidos días de verano suben del corazón de las cosas. Esas flores fugitivas, el estrecho canal, lloraban su breve destino y sus gemidos armoniosos creaban un horizonte senoro. Disipóse la bruma. Gruesas nubes en enormes copos corrían por el vasto cielo, aireado, cargadas de lluvia. Saludaban, bailaban, se pavoneaban; sus rabos y sus cabezas tenían estiramientos cómicos ó se apelotonaban como una bola, de tal modo, que por broma, el sol las separaba y los miembros esparcidos continuaban solos la pantomima. Intermediarios entre el suelo apacible y

—¡Por dónde! ¡Por dónde! ¡Por dónde! ¡Por dónde! ¡Por dónde!
El estúpido iba dar un salto atrás al viejo. El joven se
en su pie y se pudo ver su rostro osado, en lale capote. ¡Qué
era menos á hizo su confesión con voz fuerte en medio de la
corporea general.

—Nos amábamos hasta un año. ¡Ella y yo, yo y ella, nuestra
nos castros. ¡Fuerzas prometidas y la habla hecho un regalo.
Pero en un papel pedía su cuerpo. . . . ¡Oh! me perdonarás! ¡Cada
ha sabido que era imposible, me ha rogado que me retirara.
El secreto de su voz se hizo súplico y corchido de colillas.

III

—¡Por dónde! ¡Por dónde! ¡Por dónde! ¡Por dónde! ¡Por dónde!
El estúpido iba dar un salto atrás al viejo. El joven se
en su pie y se pudo ver su rostro osado, en lale capote. ¡Qué
era menos á hizo su confesión con voz fuerte en medio de la
corporea general.

Shakespeare estaba en camino para Amsterdam. Andaba con paso alerta y sentía poco el peso de sus alforjas sólidamente sujetas á la espalda. El aire era cálido y húmedo. Una especie de bruma dorada por el invisible sol abotagaba el camino, las praderas verdes, los canales tranquilos, las siluetas próximas de los lejanos molinos. Pero ante aquel horizonte liso y matizado, esos grupos de árboles regulares, bañados de una bruma inminosa, el alma del poeta cantaba algo extraño y tumultuoso. Veía de nuevo aquellos dos últimos días, la muerte de Moorrels y del amante de Eva, sacados del canal en el sitio mismo donde se había ahogado la joven, atados fuertemente uno á otro, hinchados los cuerpos, resueltas las caras, como si hubieran tomado—y así había sido—en el amor el valor de destruirse. Oía la voz aguda del viejo, sus gemidos, la altavera confesión del joven. En algunas horas, en un breve espacio, se había representado uno de esos bruscos dramas que los antiguos a-bían agrandar.

—Aquí ó allá, este guijarro que empujo con el pie, pertenece á una roca lejana. Cerca de él crece un arbusto cuyas hojas, arrastradas por el viento, irán, ejército ignorado, á correr por la llanura. ¡Qué otra cosa haremos! Lo que llamamos nuestros móvi es se nos escapa. La mirada de esa mujer, el relámpago

el espacio cargado de vapores, los molinos agitaban sus alas. El canto de un gallo desgarró el silencio del campo. Todos aquellos episodios eran para Shakespeare signos preciosos, porque puesta á tono por el viaje, se abría su espíritu de veinte años á los menores estremecimientos de la naturaleza, y sentía, en lo más profundo de su ser, agrandarse su personalidad á cada cheque con el mundo exterior.

— ¡Ver caer un bólido! hacerse mariposa una larva! ¡cambiar de aspecto un alma! En este momento la mía se agita. No comprendo, pero siento algo. Todos mis sentidos están como prolongados. Comunican y se unen á una especie de corazón tembloroso que late según el capricho de los encuentros y me parece que ojos nuevos se han abierto en mí sobre el misterio. ¡Qué hermoses el dolor! ¡Qué hermosa es la piedad! ¡Qué noble es la venganza! ¡Y qué alegre compañero es el recuerdo! Pero tras esas máscaras hay algo más amplio todavía: el hombre que somos y que se metamorfosea, el cómico de los cómicos, cuyos trajes no tienen nombre, cuyos escenarios son nómadas y que, joven mendigo recorriendo los caminos aguanta un pece el peso de todos los fardos.

Llegó á un bosquecillo. El camino costaba una casa de ladrillos rojos. Ante la puerta había un coche. Al lado del caballo, un niño armado de un látigo. El padre iba á irse y besaba á la madre quien sostenía en los brazos una niña. Una señora anciana, en señal de adiós, sacudía su arrugada cabeza; é indiferente á todo, un gato negro se alisaba los pelos. Era un momento familiar y dulce. El caballo relinchó, el látigo estalló y la carreta se puso á rodar, seguida de besos y risas. Esa imagen llevó á Shakespeare hacia ideas de dicha y calma. Agradeció el azar del regalo.

Un poco más allá, otro espectáculo. A la orilla de un foso, en posturas indolentes, estaba sentado un grupo de Mendigos; rostros erizados, vestidos polverosos, y las armas en tierra. Una furia de cara implacable les arengaba, furiosa.

— ¡Reposad, cebardas, cuando acaban de matar á vuestro jefe! ¡Vuestras piernas son de corcho y vuestras manos de papel! ¡Caras de topos!

Y les amenazaba con el puño. Esas invectivas no les conmovían. Algunos se burlaban. Cuando Shakespeare pasó, sintió sobre él miradas curiosas. Una voz le interpeló:

— Camarada ¡á dónde vas?

— A Delfi.

Se hallaba en el círculo y respondía al interrogatorio. La furia continuaba sus imprecaciones.

— ¡Basta, buena mujer! Nos asordas. Si sigues, te ganarás una paliza.

— ¡Caras de topos! ¡Caras de topos! Farnesio os colgará, ahogará y quemará. ¡Ah! ¡Ah!

Y se rió de una manera terrible. William siguió su camino, perseguido por las visiones del odio que le siguieron hasta Delfi.

Entró en esta ciudad por una puerta roja porque el sol declinaba. Los cavales semejantes á cintas de fuego, las casas llameantes, la campana como tocando á rebato, el vaivén de una multitud activa trepidando de un humor belicoso, todo hacía revivir el incendio de antaño cuyas terribles relaciones habían llegado hasta Inglaterra.

— Enherabuena— pensaba Shakespeare— te presentas según tu leyenda, vieja ciudad cuyas piedras todas están marcadas de terror. Los juegos del crepúsculo te colocan de nuevo en el centro del axote, cuando las mujeres andaban y corrían, ahogando á sus pequeños contra sus pechos, cuando los arquitrabas caían con un ruido siniestro en el brasero en donde se enrejece el destino. ¡Puedan los hombres modelarse sobre tí! Si César se me aparece en la esquina de un sendero, desearía que fuese con rostro declumbrador, cubierta la cabeza de laurel, el costado atravesado de una espada, gloria y herida.

Signió al pueblo, cuyos movimientos instintivos llegan siempre al punto más apasionado. A lo largo de un canal bordado de tiles marchaban mezclados arcabuceros y burgueses, viejos, niños y bellas jóvenes con cascos de oro. Las voces eran altas y claras. Costeó una antigua iglesia, madre de una campana que tocaba siempre. Entró en el patio de un gran palacio sombrío. Allí, junto á una escalera, vociferaba un hombre de barba blanca, señalando con el dedo á un muro:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBAN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERRAY, MEXICO

—Ved la huella de las balas. Hay sangre en las gradas. Esa sangre gime noche y día. A través de toda la comarca, reclama vengadores. ¡Levantaos, hijos de la Holanda! Han matado á vuestro padre, al que velaba sobre nosotros y cuya sombra os protege todavía. Ha muerto por vuestra libertad, vuestras franquicias y vuestra religión. Pero esta puerta que se alzaba á su paso, estas murallas orgullosas de abrigarlo, esas gradas que llevaron el peso de su pobre cadáver atravesado de heridas, todo os grita anonadar á los traidores.

Los brazos robustos del orador se estremecieron con esta demostración ardiente. Sus ojos profundamente hundidos, los movimientos de su barba y su elocuencia impresionaban al auditorio quien le aprobó con un áspero gruñido. Entretanto un burgués daba datos á Shakespeare. En aquel ángulo oscuro, un mes antes, Guillermo de Orange había sido asesinado por Gerard. Desde ese día aquel viejo servidor venía diariamente á la misma hora á arengar á la multitud:

Lo curioso es, señor, que era un buen hombre silencioso y tímido que merecía también el apodo de *El Taciturno*. Esa desgracia le ha enfurecido. Pasaba por un poco sencillo y hasta tartamudeaba. Hoy es un león rugiente.

El viejo había caído de rodillas, y con el cuerpo hacia atrás, en una postura extática, recordaba las sublimes virtudes de su señor.

—¡Qué bueno era! ¡qué sabio! ¡No tenía alma sino para vosotros! No hablaba más que de vosotros. Un miserable trozo de plomo ha destruido todo eso.

Y designando el sitio fatal:

—Parece que fué ayer. Oigo el disparo, llego y le hallo acostado sobre la escalera, respirando todavía. ¡Ah! ¡despierta! ¡Vuelve junto á nosotros! No nos dejes solos y desolados como niños.

Sollezaba. Sus gruesas lágrimas regando sus arrugas, eran visibles á distancia. En torno suyo las caras fanatizadas revestían las expresiones que ordenaba su arenga. Más que en Rotterdam, más que en las relaciones de los Mendigos, William admiraba aquel odio.

En el sitio donde el crimen había sido cometido, un vociferador aseguraba la expiación, era la fuente del río de venganzas que eaturbiaban los tranquilos canales. Los aullidos de aquel viejo perro fiel impedirían á las pasiones abotagarse y resonarían largo tiempo en los Países Bajos. La conformidad de la hora suntuosa, y del lugar trágico daban á la escena la amplitud necesaria. El poeta, alzando la cabeza, vió, por encima de esa agitación, la transparencia de un gran cuadrado de cielo color rosa, porque el equilibrio perfecto de la naturaleza, ofrece por todas partes el reposo á la energía, y el mutismo á los vanos rumores. Y como el viejo se encarnizaba en su predicación, el joven, mentalmente le replicaba:

—Nunca tengais más que esta idea: la venganza; afilad vuestras espadas, fundid vuestras balas. Pensad en esa leal figura de héroe.

—Hoy rígida y helada y que pierde lentamente su forma en la tumba, como la perderá en la historia.

—Exige la matanza de los malditos.....

—Si exigiera algo sería la paz y el silencio.

—¡Que no tenga ni perdón ni piedad!

—Sólo el perdón, sólo la piedad, sobre el cielo y sobre la tierra. A dos metros del cielo se puede sonreír todavía, pero el furor es imposible.

Fué así como de ese palacio negro, resonante de una batahola rencorosa, Shakespeare salió con una gran necesidad de paz y de amor, y como los movimientos de su corazón eran bruscos, detestó las violencias tanto como las acariciaba algunas horas antes.

—La sangre se espesa y se cuela. - No veo más que criminales y furiosos. Grotesca orgía de cuchillos y mosquetes.

Bandadas de hombres ébrios y solo lúcidos cuando se trata de escoger sitio mortal, de horadar con destreza un hígado ó unos riñones. Este tartamudeaba. Halla la palabra á fin de continuar un homicidio por otros homicidios, y empujar al estérmino. Y del Norte al Sur, de las regiones heladas á las candentes, tienen mujeres, dulces mujeres de carne rosada y dientes blancos, tienen frutos, flores, niños aterciopelados en

quienes la palabra surge con el gesto, poco á poco. Tienen el beso, tienen el pan, tienen la facultad de cantar y de inventar. Pero eso no les basta. Lo que es bello es destripar mujeres, torcer sus largos cabellos, destrozar á los niños contra las murallas, poner fuego á esos palacios, con los que soñaba gozosamente el arquitecto. Destrozar, pillar, destruir, tal es la noble tarea humana. Todo es pretexto para esa carnicería. Un Dios en el pan ó fuera del pan, una frase en una Biblia, un trozo de territorio, el hecho de hablar un idioma diferente. Y cuando se ha revolcado casi en vómitos ensangrentados, se levanta el idiota y pasea su mirada altanera sobre el horizonte lleno de ruinas. Es su obra. A sus pies los animales. Por encima de él, lo que él llama su creador, quien, á juzgar por la criatura es un gran maestro de baile; y en el intervalo una cocina de brujas, un caldero lleno de huesos y piojos, un picadillo de homicidio, pestes y desastres.

Llegó el crepúsculo. El poeta se sentó sobre el muel de desierto. El canal reflejaba el maravilloso trabajo de los árboles y de las casas de muros almenados. Esas imágenes oscuras, pulidas, delicadas, eran más débiles que la realidad, y la menor brisa hacía correr sobre ellas un estremecimiento. Detrás de los techos, amenazaba el espacio ensombrecido. La discreta campana, un lejano rumor popular, no confirmaron ese silencio del que Shakespeare espiaba los incidentes sutiles: un pliegue sobre el espejo, el desaparecer gradual de los follajes y de las piedras cuyos contornos solos subsistían. Se estuvo allí hasta que llegó la noche y chispearon las estrellas. La arquitectura fina de las casas era gris en los bordes. Cuando se iluminaron las ventanas, los resaltes del ladrillo se destacaban en una luz rojiza y esbeltas bandas de fuego corrían sobre el canal. Los árboles vencidos no eran en aquel momento más que gruesas belvas oscuras. Fué imposible saber por qué se aplicaban manchas de un violeta fúnebre aquí y allá sobre las moradas y sus húmedos fantasmas.

Ese drama mudo encantó á Shakespeare:—Es el más terrible de todos, porque tiene fases implacables. Me enseña cómo hay que ver. Los gritos y las degollaciones no son más que

ventanas alumbradas. El canal es el espíritu del poeta. Aquí todo se alarga y se agita. Un soplo misterioso pliega la reflexión. Según un ritmo definido, las violencias trabajadas por el hombre, es decir, las violencias trabajadas por la naturaleza, es decir, los árboles entran poco á poco en la nada, y la sombra así como una bruma, invade metódicamente sus relieves. Cuando la muerte suba en el sér la miraré subir. El amor ilumina y lucha. Dejaré las luces del amor bailar en la superficie de mi alma. Ilustre Taciturno de apodo predestinado, ¿en qué aguas infernales miras en este minuto tu noble cara, en la que se reconocía todo un pueblo? ¿Qué tinieblas comienzan á invadir tu estatua alzada en el corazón de tus conciudadanos?

Preso de una especie de fiebre intelectual alimentada por una copiosa cena, dirigióse Shakespeare hacia la ciudad de Leyde. Noche candente y sin luna. Aunque se hubiera enterado bien del camino, á veces vacilaba entre el ángulo de dos caminos, contra una empalizada, á la entrada de una alameda de árboles semejante á la boca de un horro.

Los espectros de los molinos se aliaban en torno de él. Sentía una angustia supersticiosa.

—Por fortuna, desconozco los «gnomos» y los diablillos en este país. Por eso me rozan sin conmoverse. Sin duda alguna, tras cada uno de esos molinos, está el enano vigilante y pernicioso con su risa diabólica y sus pies que chapotean contra el suelo. Pero no tiene nada que hacer al extranjero. ¡Qué soledad!

Recordó sus temores de niño, las historias diabólicas que se contaban en las veladas, cuchicheando en los mejores pasajes, y las aventuras reales de sus vecinos. El tío Jehnson, volviendo á Stratford á las doce de la noche, había sido asaltado por un mocetón que hablaba una lengua extranjera, y de pronto apartando su manto, había mostrado al buen hombre espantado, un cuerpo atravesado de veinte puñaladas. Cada una de ellas hubiese debido hacer de una persona un cadáver. Al batero lo habían llamado en una noche de lluvia tres caballos y apenas estuvieron en la barca, notó estupefacto que cada uno

tenía dos caras, cuatro brazos y cuatro piernas terminadas por cuatro pies hendidos.

— ¡Qué goce sentía yo, sentado en un rincón del cuarto, oyendo esas terribles aventuras! Los objetos familiares tomaban aspectos enigmáticos y el vidrio oscuro era la puerta del misterio que uno mira temblando. En mi subía el miedo, tan activo, tan deformador como el amor y que puebla de larvas el universo. Soberano de lo desconocido, gobierna su fabuloso reino con castañetes de dientes, ojos dilatados y manos que rechaza no se sabe qué. El grito ronco del niño de pecho, a la caída de la tarde, el ladrido del perro a la luna, las miradas de los animales á punto de hablar, el horror de volverse, de mirar en un espejo, un estanque, de oír pronunciar ciertas palabras, tales son sus mensajeros. Todo lo que siente es miedoso, porque toda pasión es fugitiva. Todo el que piensa tiene miedo porque la soledad del pensamiento es atroz. Todo el que destruye tiene miedo, porque escucha el ruido de los escambros, y todo el que construye tiene miedo porque no sabe cómo utilizará el porvenir de su esfuerzo. Los abismos del espacio y del tiempo nos causan ese vértigo moral.

El rumor sordo de un trueno trajo al poeta á las circunstancias. Se detuvo algunos segundos y respiró el aliento ahogado del campo. Delante y atrás de él, la opaca oscuridad. Sobre los mátorrales, los canales y las llanuras, la noche. Se enjugó la frente y desató lo cuerda de su alforja. Un grito regular resonó en el espacio, grito que tenía algo del aullido y de la risa y terminaba por una especie de sonido de cascabeles. Shakespeare pensó que era el de un buho retardatario.

— Quizás sea también alguna víctima de esos juegos sangrientos, Español ó Mendigo, que bosteza muerto. Deba vagar por estos alrededores más de un gran capitán descarnado, ó un trozo cortado por los suplicios, mano en busca de un brazo ó un cuello procurando su cráneo.

Signió atendiendo. El grito se repitió, pero más débil y esta vez fué para él perceptible su carácter sarcástico.

— Si la gran ironía de las cosas se desprendiera de algo, tendría este timbre y este acento.

El tronido de la tempestad se aproximaba. Los artilleros celestes colocaban en batería sus piezas. Se oían las pesadas ruedas de los carros. William prosiguió su camino. Su corazón palpitaba con fuerza, y sentía agitarse el velo que nos oculta lo sobrenatural. Era un goce erizado, un voluptuoso hormigueo de los dedos y la nuca. Las orejas, exasperadas, esperaban la repetición del inexplicable ruido.

En el momento preciso en que salía de nuevo de las tinieblas el ruido más próximo y más estridente, un largo relámpago iluminó dos molinos, un bosquecillo, todo el regular detalle del horizonte, y Shakespeare vió, á alguna distancia en el camino, la fulgurante silueta de un hombre rechoncho que se daba prisa.

— Ése es el que gritaba.

Y corrió para juntarse á él; la angustia y la curiosidad le espoleaban. El trueno estalló sobre su cabeza como una catarata de voces. El invisible follaje tembló. La luz fué aquella vez cegadora y seguida casi en el acto de un verdadero cañonazo. Shakespeare vió á dos pasos de él, al extranjero. Con voz de pesadilla aulló:

— ¡Vais á Leyde!

Y como su pregunta quedó sin respuesta la repitió en medio de la berrasca. Un relámpago implacable le mostró que se hallaba al lado de un viejo recordete y barbudo, pobremamente vestido, de ojos lucientes y que muy tranquilo caminaba agitando menudito sus largas y delgadas piernas.

— No sois parlan... — gritó el joven; pero no no acabó la frase. Una formidable fantasmagoría verde y roja, atravesada de zig-zag violáceos dió una imagen breve y discordante del campo incendiado, y ecos salidos de todos lados prolongaron ese cáotico episodio. La lluvia comenzó á caer por anchas gotas tibias que imitaron sobre la extensión inmensa el rápido patear de un rebafío.

En el silencio que siguió á aquella frase, William interpelló al viejo:

— ¡Sois voz la persona á quien he oído gritar hace poco!

Ahora caminabais juntos y con paso igual. El poeta percí

bía su sople corto y apresurado, como un suspiro contiuo. Esperaba ansioso una respuesta que le probase hablaba con un vivo. Por fin la tuvo, dada con voz seca y nerviosa:

—Sí; soy yo. Cantaba

—Da lejos, parecíais reír.

Hubo un gesto sarcástico de labios, una corta pausa y la vez prosiguió:

—No sé adonde voy.

—¿Sois de este país?

—Soy de todos. Don dende veais una huella humana, es mi dominio. Soy el padre de las huellas terrenales.

Un estrofo y maléfico boborigmo subrayó la extravagancia de la frase.

La conversación continuó así, cortada por las ráfagas de la lluvia, los truenos y los bramidos del viento. La tempestad exaltaba á Shakespeare. Ya no temía nada. Cada relámpago le demostraba la existencia real de su compafiero. Pero en la oscuridad dudaba de esa existencia y esperaba alguna revelación de la boca tenebrosa, alguna frase fatídica proferida con esa voz febril y rota que llegaba hasta él á través del tumulto de la naturaleza y de las contracciones sardónicas.

—Marchais aprisa. ¿Teneis, sin duda, muchas ganas de llegar?

—Tengo prisa de volver á mi reino.

—¿Qué reino?

El que se estiende á la sombra de mi cetro. Me han matado al Taciturno. Yo le reemplazaré, ¡Ji, ji! Le reemplazaré.

—Es un leco—se dijo Shakespeare.

Y una súbita aparición de la cara asolada y de los ojos fijos fué para él la certidumbre. Mientras se desencadenaba la tempestad, resolvió halagar esa manía, ser loco también mientras cerraba esa noche prodigiosa.

—Sigúndole á través de su laberinto, quizás tenga sorpresas. El paisaje de la razón, sumergido en un desastre oscuro, se ilumina, parece de luces bruscas. Enmascarado como él, adivineré tras un divagador laberinto, las revueltas de su lógica. ¿Y quién sabe si esas cabezas rumorosas no tienen también sus ritmos y sus usos?

Y dirigiéndose á él:

—¿Os han desposeído?

—Me han despojado, apaleado, arrojado. ¡Mis pobres hijos! Mi mujer y mi trono! Se han apoderado de todo; lo han pillado todo. Pero pasarán estos tiempos malos. Voy á recobrar mis Estados. Mi noble primo me los guarda. ¿Osa?

—La tempestad por encima de nosotros. Parece que se apacigua y que la lluvia disminuye en violencia.

—¡La tempestad! ¡la lluvia! ¡Ah! vos sois también un rebajador de gloria. Es el cañón que truena en honor mío. Sobre los elevados baluartes una multitud ardiente se reúne y me aclama.

Y se oyó su risa, dolorosa y terrible.

—¡Hi, hi, hi! Cada cual reconoce sus injusticias.

—A mi también me han apenado mucho.

—¿Os han quitado vuestro reino?

—¡Ay, sí! Es el mismo caso. He estado seis meses en un calabozo y no me daban á beber más que agua podrida.

Shakespeare sintió que una mano buscaba la suya y la apretaba, compasiva. La voz del loco perdió algo de su dureza. Suspiró profundamente:

—Entonces somos hermanos y el destino nos ha reunido. Venid á mi corte. Os daré en matrimonio á mi hija. Es bella y muchos señores poderosos me la han pedido ya. ¿En dónde está vuestro reino?

—A la estremidad de una roca, sobre el mar. Mi palacio es de carbunclo y día y noche brilla de mil luces. Doy en él fiestas espléndidas. Sereis mi huésped.

—¡Oh, no, no!

Su voz se hizo atenuada y tímida.

—Soy un pobre viejo. Si supieran que soy rico, me matarían. ¡Me han perjudicado ya tanto! No he comido hace dos días.

—Detengámonos un momento—dijo autoritariamente Shakespeare.

La ráfaga se calmaba, el trueno se alejaba, pero anchas luces persistieron, de tal modo que la naturaleza continuó re-